

Versos diversos

(Poesía inédita)

BRAULIO ARENAS

LAS HERIDAS

Herido por diversas circunstancias:
herido por la tos, por el recuerdo,
herido por el bosque, por la espalda,
herido por un postre a la distancia,
un postre de la infancia, del que nunca
volvería a probar una migaja,
ni a recordar siquiera.

Herido por el viaje, y a deshora,
herido por el humo de los trenes,
¿recuerdan aquel humo tus pulmones?

¿Se hiere todavía tu memoria
con el túnel y el río de la infancia?

Tanta herida tenaz, tanta invisible
sangre sin restañar, tanto tormento:
por su niñez jamás cicatrizada,
el hombre herido se desangra, lento.

LA CASCADA

Llevó tanto paisaje
sobre su lomo espejo,
llevó la selva virgen,
la charla de los senos,
llevó un trinar de pájaros,
la sonrisa de un puente,
llevó los pies desnudos
de alegres madrugadas.

Todo esto fue pasado,
fue río por la noche.

Ya no tiene memoria,
no le pregantes, selva,
no la interrogues, pájaro,
no la mires, espejo,
déjala, lavandera.

La cascada se lleva
su secreto a la tumba.

CINE MUDO

Por aquí la velocidad
con tu manera de reír.

Con el arroz de la película
y también con la heroína,
ella de codos en la mesa.

Con su corona de azahares,
una corona que la muerte
hizo ladear sobre sus ojos.

Con su manera de llorar,
cual si la joven se empeñara,
desde su misma juventud,
en mordisquearse el semblante.

Rapaz el tiempo quemó pronto
lo que quedó del celuloide,
y de la actriz vimos tan sólo
una sonrisa y un sollozo
antes del fin irremediable.

No hubo una luz, todo era sombra,
era luto también la infancia,
la actriz sin nombre ya era sombra
para escurrirse por la noche.

AQUI

Por un puñado de cielo amenazante,
por un lirón insomne,
por un árbol caído,
por el chasquido de la seda
proveniente del fuego:
me encontrarás aquí.

Por la ranura del espejo,
por el sin ton ni son de la bahía,
por la oruga de hierro
nacida del incendio,
muchacha de altos hornos,
aquí te encontraré.

PARIS

Un coro de palomas gorjea su silencio,
gorjea de igual modo la campana,
gorjea la avenida de repente,
y el río y una vez,
la sangre y una noche.

Gorjea la memoria ya olvidada en el tiempo,
la memoria de haberte ya vivido,

de escuchar tu saber y mi ignorancia,
para el placer, para olvidar de pronto.

El laberinto se abre, y un secreto,
la juventud, la soledad, la noche.
París, ¿quién soy?, yo sólo soy olvido
para encontrar, de súbito,
la memoria en tus calles.

¿Quién soy?, y la memoria (y este río)
me habla, París, de mis amores viejos,
me habla en ondas y ondinas del pasado.

Me habla París, gorjea la campana,
las palabras, en plena encrucijada,
se escurren en poemas, van de prisa,
van lentas, van badajo, cuesta abajo,
cuesta arriba también, ¡y cuánto cuestan!

Me pregunto: ¿quién soy?, soy el olvido,
soy ese grito que en el sueño grita,
que me despierta al recorrer tus calles,
al sentir (cuesta abajo y cuesta arriba)
mi alma partida en dos por el recuerdo.

El recuerdo, tú sabes, tú lo guardas,
el recuerdo de haber estado siempre,
cuando las barricadas, cuando el sitio,
cuando la ocupación, cuando la guerra,
cuando la paz, cuando tu rey del Louvre,
cuando el árbol en flor y cuando el niño,
cuando Breton y cuando los suicidas,
cuando la autora a pasos de la noche,
cuando tu Sena y cuando las mujeres.

Oh París, tú de siempre, tú aguardando,
borrando las heridas, renaciendo
(tu cicatriz con rapidez tu historia),
rememorando ahora, y olvidando,
renaciendo en la agreste simetría
de tus castaños sobre la avenida
en la equidad azul de la pareja.

Roto casi el navío,
voy navegando apenas, ya sin proa,
herido el estribor, mal estibado,
con la cubierta que las olas bañan,
y con un mar entero de arrecifes,
sin timón y sin velas, como deben
(dicen) los hombres arribar al puerto,
al puerto de la muerte, por más señas.

Pero antes de arribar, antes que el ancla
se hunda en el agua de mi mar eterno,
pero antes, mi París, deja decirte
que he escuchado en tus calles un gorjeo,
un dúo de palomas.

Que he escuchado
respuestas murmuradas por tu río
para este ¿quién soy yo? que me atormenta:
tan París, tan igual, ensimismada,
mi ciudad, mi canción, tan semejante,
tan igual a ti misma como el río.

Oh mujer, oh París, deja decirte
que en ti encontré la exacta simetría
de la memoria y el olvido juntos,
para al fin renacer entre sus ondas
en la alegre equidad de amor y vida.

LOS BESOS

Los olvidados y encontrados,
los besos que son mejores,
besos perdidos que se encuentran,
al azar, en cualquier calle.

Se van besándose los besos,
ebrios, felices, presurosos,
en la calle los transeúntes,
con nostalgia, los observan.

Se van los besos de la mano
(de una mano de eternidad)
para sentarse en el Café,
para besarse día y noche,
y si de pronto no se besan
y si se olvidan, lo hacen sólo
para saber cómo era el mundo
antes que yo te conociera.

CLARO DE LUNA

La luna en cierto lugar donde no hay agua,
donde es preciso vivir como un espejo,
no muy seguro espejo de sí mismo,
con todos los desiertos a su espalda.

Evoca su corazón la selva virgen,
para echarse a latir como los pájaros.

La luna jovencita cuya sombra reclama
el nombre de ese cielo que atraviesa nadando:
su marea es la mía, su silencio es mi lámpara.

La luna pone sus manos en mis ojos,
me deja a ciegas para que yo deba adivinar,
para que me sea necesario preguntar,
urgente, a mis lectores, quién me ciega.

Con modales de amor, ella vuelve a su casa,
vuelve a su luz que había abandonado
(el tiempo de un eclipse),
el horizonte entonces se aleja y se aproxima,
la gacela en el bosque
se cristaliza en luna,
y como yo respiro sin motivo
ella también respira, por jugar.

Previa mansión menguante,
hojeamos esta luna como un libro de premio,
de pronto, por el cielo,

ella pliega sus alas, una a una,
o, más bien, luna a luna:
cruza sus alas blancas ocultando una flor,
después deshoja su flor toda la vida,
renuncia a su misterio de aire libre,
según nos informamos por teléfono.

Después peina su larga cabellera,
de más está decir, con un peine encantado,
después se observa atentamente
cual si fuera un espejo,
después, después se incrusta en el espejo,
esparce su belleza,
después, como un abismo,
después, después sonríe, ya creciente.

Después, desaparece.

Después, aquí no estoy.

INSTANTANEA

para René Cáceres

Un poco más, fotógrafo.

Un poco hacia el ocaso.

Hacia la angustia.

Y también hacia el cielo.

¡Calza el ángulo justo
de este olvido!

EL RIO

La tarde daba sobre un río,
sobre un río hecho de nieve,
de palabras amorosas.

Recién aprendía a andar,
se detenía a cada paso.

A veces cojeaba el río.

Un caballo lo entusiasmaba
queriendo trotar con él.

Quería meterse en la casa,
dormir en su lecho de río.

Quería a veces, caudaloso,
convivir con los otros niños
que jugaban en el jardín.

Quería seguir al tren,
pero un túnel lo espantaba.

A su vez se creía un árbol,
ansiendo crecer con él
y trinar como las aves.

Era un río recién nacido
y un puente lo puso en cintura.

LA ACTIVIDAD

Ella había vivido
todos sus días, todos,
sin saltarse ninguno,
igual como trabaja
la diligente abeja,
sin saltarse una flor.

LOS OJOS

Tus ojos me venían de aquí y de allá, cantando,
como si fueran ellos de una rosa el perfume,
mientras los ojos míos, para amarte, se abrían

cual si fueran la sombra de una mano
puesta frente a la lámpara para así acariciarte.

Tus ojos, a su antojo, disponen de mis sueños,
mi corazón les presta sus párpados privados,
y ellos allí acumulan con gran prisa y desorden
imágenes del mundo, unas encima de otras.

Después los ojos tuyos se llevaron,
colina adentro, el mar, para mecerlo
y para desarmarlo después como un juguete.

Pasan las golondrinas que vienen del insomnio,
y en el cielo semejan estas aves
casi heridas simétricas,
pero siempre son nuevas como cartas de amor.

Pasa ahora la joven,
su rostro está formado por un rosal de besos,
salen de su corpiño profusiones de ángeles
y sus ojos se entornan con un idioma nuevo.

Yo paso por el cielo al mismo tiempo,
ambos vamos cayendo al mismo tiempo,
ella y yo descendemos lentamente,
y mientras descendemos
nuestras miradas se unen en una sola imagen.

ONOMASTICO

Los pájaros se llaman
por sus nombres:
—¡Cómo estás, Carlos!
—¿Y qué es de Margarita?
—¿Es verdad que a Guillermo
lo mató un cazador?
—Beatriz, ¿terminaste
de teñirte las plumas?
—¿Ya dio su examen Mario,
su examen de botánica?

—¿Quién podría decirme
dónde se encuentra Rosa?

—¿Cuál Rosa?

—La cojita,
la que piaba apenas
con toda su cadera destrozada,
la que fue malherida
hace ya dos semanas.

OLAS

Parecieran, de pronto, ser hermanas
las de hoy y las de ayer, en frágil suelo,
llevar parecen el compás del cielo
con su vaivén eterno de campanas.

Son alegres, por veces, cual mañanas.
tristes también en el temblor del vuelo,
mientras cumplen sus voces el anhelo
de dar nuevas de fechas ya lejanas.

Oh mar de Iquique, sangre en la blancura,
nuevas de olas vibrando en la hermosura
del abordaje en el viril destino.

Oyelas, peregrino, pues persiste,
contada en cantos de resaca triste,
la epopeya inmortal del gran marino.

EL PAN

Hubiera querido tanto
comer pan esta mañana.

Pero que el pan no saliera
endurecido por las lágrimas,
ni fuera el callado llanto
de una casa abandonada.

¡Que brote su blanca harina
cual la nieve en la montaña,
embellecida por el sol
que la besa en llamaradas!

Que no saliera del centavo
que el pobre en pobreza gana.

Que su perfume se extendiera
como un aroma de muchacha,
para anunciar que la gavilla
es alma cristalizada.

Que estuviera sobre la mesa
permanente como una lámpara.

Que no saliera de la mano
que el hambre en sombras adelgaza,
de esa mano que está tan sola
que ni un cuerpo la acompaña.

Que cantara por todas partes
como cantan las campanas:
que el pan repicara fuerte
y que todos lo escucharan.

Que exigiera su derecho
y no pidiera en voz baja,
diciendo: yo soy la vida,
pues soy hostia consagrada.

Que no saliera amedrentado
ni amedrentara a la infancia,
con hoscas miradas tensas
cual una noche agazapada.

Que fuera diáfano y tan puro
como el caudal de una cascada.

Que oyera el grito de la madre
que para el hijo lo reclama.

Que fuera abierto como el día,
abierto el pan como una carta,

y palpitante como el pecho
de una mujer enamorada.

Que no saliera empobrecido
por la miseria desvelada.

Que proclamara que Dios mismo
lo eligió por su morada.

Que fuera espejo de hombre vivo
y no del hombre la mortaja.

Que no se hiciera la corteza
de la miseria y de la escarcha.

Ni se diera como limosna
ni se aceptara como dádiva.

Que fuera el canto del mundo
para todas las gargantas,
canto del horno en que se funden
del hombre las esperanzas.

Que nunca fuera mendrugo
ni se viera como asechanza.

Que siempre en una sonrisa
ofreciera su rebanada.

Hubiera querido tanto
comer pan esta mañana,
pan de bondad y amor crujiente:
un pan, en fin, hecho sin lágrimas.

LA ESPERA

Los días, ellos mismos,
se arrojan al buzón
que está, rojo, en la esquina.

Se arrojan en la noche,
como cartas de luto.

¿Para cuándo esperamos
la respuesta?

BIOGRAFIA

Esa sombra, esparciendo su resplandor antiguo,
se proyecta en picada sobre un palco de abejas,
ese palco de paso donde se instala el cielo,
es un cielo inestable y alérgico a las joyas,
allí se desvanecen los sollozos
que son mezcla de herida y juventud.

Todos miran ansiosos el milagro,
la magia al aire libre,
la magia necesaria
para convertir al incendio en paloma
y a las jovencitas en risueñas cascadas.

En efecto, ellas cantan,
cantan a todo trapo,
cantan rápidamente
su amor, su amor de antaño.

Pero de pronto el cielo es todo un moribundo,
es un trajín de auroras parlanchinas,
el palco ya no existe,
ya no existen las joyas,
tampoco las abejas,
la noche estaba a punto de existir
(la noche trabajando con rosas a la vista,
como el jardín trabaja con estrellas pintonas).

Es un grito, ¿es el mío?,
es la pradera intacta,
es la choza, el fusil, el río a pocos pasos,
es la infancia también a pocos matorrales,
es el racimo de uvas,
es mi soledad amaestrando su isla
entre las otras islas
del calendario absurdo.

Y así, sin transición,
yo examino la vida
corriendo a toda prisa,
dejando atrás persona, espejo, imagen,

salvando, cuando el naufragio está tan próximo,
sólo mi poesía,
no salvando mi lujo, mi desorden,
menos mi inteligencia,
tampoco los recuerdos,
nada salvando, nada,
ni siquiera mis sueños,
como ustedes pensaban.

PLENILUNIO

Sin que nadie supiera la razón,
de pronto el mar se fue
con su música a otra parte,
lleno de candor
como un violinista de Chagall.

Se fue para olvidarse de sí mismo,
para que aún creyeran las bañistas
que en su ausencia verían
la parte más azul de sus recuerdos.

Más tarde, al plenilunio,
volvió sobre sus pasos,
con sus olas recientes,
todas con trajes blancos,
todas con una posible aurora
en cada sueño,
y a semejanza de olas las bañistas
contaban sus amores,
contaban sus naufragios
y el mar (lleno de noche)
volvió a ausentarse y se perdió a lo lejos,
como aquel violinista en referencia.

AL PASAR

La muchacha estaba alegre
como ese alegre desayuno
que ese tren nos procuraba.

Todas las casas han pasado,
todos los campos se espigaron,
todos los montes se han nevado,
todos los ríos se han cascado.

El cielo sigue nuestro viaje,
se hizo uña y carne con nosotros,
se instaló en nuestros asientos,
pues quiere saber, curioso,
en qué termina nuestro idilio.

EL INSTANTE

Algo debe quedar
de aquel instante:
por mucho que las promesas
no se cumplan,
por mucho que yo deba
partir antes de tiempo,
por mucho que te obstines
en reunir de pronto
la vida con el viaje,
por mucho que persistas
en besarme en el sueño
(poniendo toda el alma,
toda la juventud,
toda la primavera
en ese beso):
algo debe quedar
de aquella eternidad,
mujer de un solo instante.

LA COMPATRIOTA

Me engolfé en el espejo
de aquella compatriota.

Serena, me explicaba
las calles de su bata,
de su corpiño el dédalo,
la encrucijada al sesgo
de sus labios.

Su alma a medio enhebrar
como la tarde.

Toda ella lo explicaba,
todo se hacía fácil
en sus brazos.